Es muy evidente que la izquierda era mucho más ambivalente que la derecha o los demócratacristianos sobre la tarea de organizar mujeres. El socialismo había proclamado la “emancipación de la mujer” desde el principio del siglo XX, y había organizado a muchas mujeres trabajadoras en sindicatos. El propio MEMCH tenía una fuerte alianza con la izquierda. Había un esfuerzo importante por parte de la Unidad Popular por organizar a las mujeres en JAPs, juntas de vecinos y aun en centros de madres, pero, a la vez, la izquierda se sentía insegura sobre la lealtad política de “sus propias mujeres”. Es interesante y fuerte notar que la izquierda incentivaba a la mujer del pueblo a votar mucho menos de lo que lo hacía la derecha y los demócratacristianos. En los datos estadísticos sobre votación, Power muestra que las mujeres de los barrios populares votaban en números muy inferiores a las de la clase media y clase alta. Y es precisamente en los barrios populares con más alto apoyo masculino para Allende, donde estaba más baja la votación femenina. El voto femenino es mayormente pro Allende, pero el porcentaje de todas las mujeres que votaban es muy inferior al de hombres y mucho más bajo que el porcentaje de mujeres que votaban en barrios de clase media y clase alta.

Finalmente, *La mujer de derecha...* es importante porque nos recuerda que luchas sobre “género” son factores que transforman a las mujeres en actores políticos no solamente cuando estos movimientos son feministas o reivindicativos. Las mujeres de Poder Femenino no son “feministas”, no están reclamando derechos, pero son muy poderosas en un momento clave. No están controladas por sus hombres ni directamente por partidos de la derecha (como quería creer la izquierda). Al contrario, ellas entendían muy bien cómo jugar con las dicotomías y jerarquías del patriarcado sin pedir cambiarlo. Son poderosas a través de sus roles dependientes: es como “madres, esposas e hijas” que ellas exigen a los militares “ser hombres verdaderos” y “ponerse los pantalones”; es como mujeres que quieren ser protegidas por hombres que les tiran maíz a los generales y los tratan de “gallinas”. Esas mujeres subrayaron la “diferencia esencial” entre hombres y mujeres para defender el territorio de Poder Femenino como un espacio de mujeres, independiente del control o liderazgo de los hombres. Como contó una señora a Power en una entrevista: “Al principio, muchas mujeres pensaban que el nombre ‘Poder Femenino’ sonaba muy pretencioso, que iba a ofender a los hombres, y no les gustaba. Pero, al final, cambiaron de opinión. A ellas les terminó gustando mucho la palabra y el poder”. Por todo lo anterior, *La mujer de derecha...* es un estudio complejo y necesario.

HEIDI TINSMAN

University of California Irvine

STEFAN RINKE, *Kleine Geschichte Chiles*. München, Beck, 2007, 203 páginas.

La obra de Stefan Rinke, desde un punto de vista de la industria editorial, se inserta en la colección de las *Breves Historias* que la casa editora Beck ha venido impulsando sistemáticamente en los últimos años. Ejemplos de esta colección de

manuales de historia son los volúmenes dedicados a México (2007), Venezuela (2007), Colombia (2008) y Argentina (2009), escritos por académicos alemanes de reconocida trayectoria en el ámbito de la historiografía sobre América Latina, como Hans-Joachim König y Michael Riekenberg.

Validado entre sus pares y estudiantes como uno de los latinoamericanistas alemanes más importantes de la nueva generación, Rinke (1965) ya cuenta con una prolífica lista de publicaciones, particularmente en alemán y español. Claramente no es posible clasificarlo estrictamente como un “chilenista”, pues parte de su obra aborda distintos aspectos de la historia de los vínculos entre América Latina y los Estados Unidos, y también con Alemania. Sin embargo, al igual que muchos de sus colegas, que sin desvincularse de la preocupación por la historia de nuestro continente optaron por concentrarse en determinados países, Rinke se ha ido transformando paulatinamente en un especialista en temas chilenos, principalmente de los siglos XIX y XX.

Esta opción del autor por el Chile republicano —especialmente por el siglo XX— queda en evidencia en la *Kleine Geschichte Chiles*. Presentado como el primer libro en idioma alemán que entrega una panorámica completa de la historia de Chile, a lo largo de sus seis capítulos aborda tópicos que van desde los habitantes originarios hasta la presidenta Bachelet y el Bicentenario. Sin embargo, mientras los temas relativos al período Prehispánico, la Conquista, la Colonia y la independencia son cubiertos en poco más de 20 páginas, y lo sustancial del siglo XIX (1818-1883) en otro tanto, el siglo recién pasado y el inicio del actual ocupan cerca del 75 por ciento de todo el texto.

Aun cuando el largo período que se extiende hasta la Independencia está correctamente expuesto y fundamentado, el autor prácticamente no analiza temas vinculados a la economía y sobre todo a la vida religiosa y al rol de la Iglesia. Mientras la revisión de los principales aspectos económicos emerge recién al llegar al siglo XIX y a continuación se va fortaleciendo, la vida religiosa es abordada muy discretamente y la Iglesia Católica es mencionada solo en función de su influencia política y del enfrentamiento con el liberalismo. En cambio, sí destina muchos párrafos al papel histórico de los indígenas, especialmente de los mapuches que, no obstante su conocida capacidad de resistencia militar, sufrieron los diversos embates de españoles y criollos durante la Conquista y la Colonia. El abuso, la segregación, el racismo, la pobreza material, en fin, todos los males que afectan a los mapuches son uno de los hilos conductores de este libro, que cuando llega a término, con el gobierno de la presidenta Bachelet y el hito del Bicentenario de la República, deja claramente establecido que el tema indígena es una de las principales deudas que mantiene el Chile moderno.

El autor desarrolla con mucha profundidad uno de los temas que más conoce y que probablemente más le apasiona: la creciente “norteamericanización” de la sociedad chilena, proceso que se manifiesta en diversos ámbitos de la sociedad. Especialmente interesante resulta el tratamiento del ámbito cultural, que al vincular el surgimiento de la cultura de masas con el desarrollo y el impacto de los medios de comunicación masivos, logra que en un manual de historia de Chile aparezca esta dimensión que prácticamente todos los manuales omiten sin mayor

justificación. Notable es, por ejemplo, cómo Rinke consigue vincular la discusión iniciada en la década de 1930 acerca del camino para lograr el desarrollo económico, con las disputas que se dan en los medios de comunicación masivos entre expresiones de la cultura de masas (música pop norteamericana) con representaciones de la cultura nacional y folclórica (tonadas chilenas). Todo lo anterior, presentado en el contexto de las reformas educacionales de Pedro Aguirre Cerda y Eduardo Frei Montalva, que no obstante algunos resultados indiscutibles, como infraestructura y alfabetización, no lograron avanzar hacia un sistema escolar más igualitario y de calidad.

Intercalando temas culturales, educacionales, económicos y políticos, el autor consigue mostrar cómo se fue estructurando el denominado “Estado de compromiso”, por qué y cuándo empezaron a aparecer sus límites, y cómo en función de ello la sociedad chilena, en un contexto además influido por la Guerra Fría, entró en un creciente proceso de polarización y deterioro de la convivencia democrática. El “Estado de compromiso” llegó a su fin con la elección de Salvador Allende, iniciándose allí el período que Rinke denomina “el país dividido (1970-1989)”, donde precisamente el elemento distintivo está en las posiciones irreconciliables que cruzaron la sociedad. Estas visiones –expone– llevaron al golpe de Estado que derrocó al presidente Allende, a la violación sistemática de los derechos humanos y a una larga dictadura que, si bien emprendió profundas reformas económicas de signo neoliberal, no consiguió mejorar los indicadores de pobreza de manera sustancial.

El período que va desde la reinstauración de la democracia hasta la actualidad, el autor lo trata con una cierta admiración y como una nueva expresión de la excepcionalidad que ha caracterizado la historia de Chile, especialmente en el contexto latinoamericano. No obstante los logros en materia de crecimiento económico, participación en la economía global, estabilidad democrática, avances en materia de igualdad y disminución de la pobreza, entre otros, Rinke finaliza su libro planteando los principales problemas que Chile todavía debe resolver, entre los que destacan la cuestión de las violaciones a los derechos humanos y el procesamiento judicial de los culpables; la derrota de la pobreza, que afecta especialmente a las comunidades indígenas; y el avance hacia una mayor igualdad social, lo que fortalecería la confianza en el sistema democrático. Para el autor, lo anterior significa que la meta que Chile debe conseguir, en el contexto de su Bicentenario y más allá, es la modernización social.

En suma, esta muy bien lograda breve historia de Chile es el producto de una línea de trabajo que Stefan Rinke ha venido desarrollando sistemática y dedicadamente en torno a la historia de América Latina en general y de Chile en particular, con una visión a veces compartida, pero también en muchas ocasiones distinta y desafiante de las que han venido construyendo distintos historiadores chilenos.

PATRICIO BERNEDO

Pontificia Universidad Católica de Chile